

UN CRISTIANO Y UN MÁRTIR
Palabras a la viuda del General Schneider

16 de julio de 1971

Al celebrarse el día de la Virgen del Carmen, en 1971, el Cardenal dirigió estas palabras a la señora Elisa Arce Vda. de Schneider, al recibir de ella la Biblia, la Cruz y el Escapulario del General asesinado.

Estimada señora:

Al recibir de sus manos la Biblia, la Cruz y el Escapulario, tres emblemas que pertenecieron a su digno esposo y orientaron su peregrinar, creo justo añadir, a una emocionada acción de gracias, un intento de interpretación de su gesto, tan delicado y pleno de significación.

El gesto que agradecemos es significativo, ante todo, por la persona del obsequiante. Teniendo el legítimo derecho de esperar y recibir de los demás, se ha empeñado en dar. Nos ha dado, desde hace meses, el testimonio de su digna entereza. Nos ha entregado un ejemplo de fidelidad a lo que su compañero representó y sigue representando. Nos ha mostrado cómo enfrenta al dolor y a la muerte la esposa de un General, de un cristiano, de un hombre, de un servidor, de un mártir.

No satisfecha con eso, se desprende ahora de aquellos objetos en que está grabada y vive, como en un espejo, la imagen de su esposo.

El Escapulario, desde luego, Manto de la Virgen, Uniforme de quienes al reconocerla por Madre, le confían su educación y la escogen como ideal de vida. Parece que es patrimonio de guerreros; mientras más riesgosas son sus batallas y más arduas sus responsabilidades, tanto más triunfa en ellos la necesidad de ser hijos, y confiar. O'Higgins y Freire, Bulnes y Baquedano, Arturo Prat: los guerreros de decisivas batallas nos acostumbraron a no acometerlas sin antes situarnos, como niños, en las manos y el corazón de la

Madre. Tradición inalterada porque se funda, no en la época ni en el sentimiento, sino en la verdad: la Virgen poderosa, la Virgen fiel es nuestra Madre. Y María, nuestra Madre, es olvido de sí. Es obediencia a la Palabra y apertura al don de Dios. Es fe sencilla y pronta, es lealtad que no claudica, es amor comprometido hasta la Cruz. Difícilmente un militar encontrará, más nítidamente dibujado, su ideal de vida.

Y por ese motivo el Escapulario se hace acompañar, natural y necesariamente, de la CRUZ Y DE LA SANTA BIBLIA. Quien ama a María se deja educar y llevar por ella hacia la Cruz. Quien se abre, como María, a la Palabra de Dios, la siente como una espada de dos filos que traspasa el corazón y nos pide rendirnos a sus exigencias de absoluto.

La Biblia, la Cruz y el Escapulario, son un mismo y único emblema de amor que se da. Como se da el amigo, en el grado más sublime del amor: dar la vida por su amigo.

Así lo entendió el hombre que dio su vida por nueve millones de amigos.

Son también un compromiso. Esta Biblia, esta Cruz, este Escapulario, han de recordarnos perennemente, a nosotros y a las generaciones futuras, que el crecimiento de la patria se forja en un corazón hambriento de la Palabra de Dios, ávido de inmolarse hasta la sangre, y sencillo y puro como la Madre que lo lleva en el suyo.

Acepte, señora, nuevamente nuestro respetuoso sentimiento de gratitud, que quisiéramos prolongar y hacer sensible en esta Biblia y Escapulario que, a nuestra vez, ponemos en sus manos.

Sírvase ver en ellos el testimonio de esta comunidad cristiana y de todo el pueblo de Chile, deseosos de construir la patria sobre el mismo fundamento y con el mismo espíritu con que su esposo la engrandeció.

Santiago, 16 de Julio de 1971.